

vaban al campamento de los cónsules los mensajes de Décimo Bruto.

Apremiados por éste para que introdujeran algún socorro en la plaza, Hircio y Octavio forzaron las líneas enemigas (27 abril). Pero Hircio pereció en la demanda y su colega Pansa murió el día siguiente á consecuencia de las heridas que había recibido en la primera acción (1).

Antes del combate de Castel-Franco, había corrido en Roma la voz de haber sido derrotado uno de los cónsules, y algunos amigos de Antonio, para preparar un movimiento contra Cicerón, decían que el 22 de abril se haría elegir dictador el antiguo consular. Aquel mismo día llegó la noticia de la primera batalla, y sin demora hizo votar Cicerón acciones de gracias á los dioses, recompensas para las tropas y un monumento para consagrar la memoria de los que habían sucumbido en defensa de la patria. Cuando se conoció el resultado de la segunda batalla, corrió el pueblo á casa de Cicerón y lo condujo al Capitolio con grandes aclamaciones. Hubiérase dicho que el verdadero vencedor era el elocuente anciano, que había obligado al senado á combatir y á triunfar. «Este día, escribía Marco Tulio á Bruto, me ha compensado de todas mis penas» (2).

La guerra en efecto parecía terminada: Antonio huía hacia los Alpes, abriendo las prisiones á su paso para reclutar miserables para su ejército (3). Pero ya libre Décimo Bruto, lo seguía con todo su coraje. Planco que, atraído al senado, acababa de fundar por orden suya la ciudad de Lion, descendía de aquí con un ejército para cerrarle el paso, y Lépido había renovado sus protestas de fidelidad.

Con esto, se creyó que no había ya que guardar ningún miramiento, y diez senadores, bajo la presidencia de Cicerón, se encargaron de examinar los actos de Antonio: era el primer paso hacia la abolición de los mismos actos de César.

Los amigos del próconsul fugitivo tuvieron que pasar por muchas inquietudes y molestias; se pidió cuenta á Fulvia, su esposa, de las riquezas mal adquiridas por su esposo; pero el prudente Atico se apresuró á ofrecerle sus servicios.

IV.—FORMACIÓN DEL SEGUNDO TRIUNVIRATO.

LAS PROSCRIPCIONES. MUERTE DE CICERÓN (43).

En estas alegrías y fiestas estaba casi olvidado Octavio. A nombre de Décimo Bruto se decretaron los cincuenta días de rogativas; hasta se quitó á Octavio la dirección de la guerra para confiársela al general que él mismo acababa de salvar, bien que Bruto no tuviera más que sombras ó fantasmas por soldados, como él mismo decía.

Por otra parte, los triunfos de Casio en Asia, los progresos de Bruto en Macedonia, los de Sexto Pompeyo en la mar aumentaban aun la confianza, y además estaban para llegar de Africa dos legiones. ¿Qué necesidad había ya de aquel niño?

Antes de expirar el cónsul Pansa, había llamado á Octavio á su lecho de muerte, según se decía, y después de hablarle de su gratitud para con César, del deseo que había guardado en su corazón de vengarle un día, hubo de añadir que el heredero del dictador, odiado del senado, no tenía más que un medio de salvación y era la reconciliación con Antonio.

(1) La muerte de los dos cónsules era un acontecimiento demasiado avorable á Octavio para que no se le acusara de haberlo causado, y en efecto, se dijo que el joven César había dado muerte por su mano á Hircio en medio del combate, y envenenado las heridas de Pansa (Suetonio, *Octav.* 11; Tácito, *Ann.* 1, 10).

(2) *Cic. ad Brutum*, III.

(3) *Id. ad Famil.* XI, 10; Apiano, *Bell. civ.* III, 78.

No necesitaba ciertamente el joven César estos consejos. Cuando Décimo Bruto fué á darle las gracias, como quien le debía la libertad y la vida: «No he tomado las armas por tí, le contestó; el asesinato de mi padre es un crimen execrable, y no he combatido sino para humillar el orgullo y ambición de Antonio.» Aquel día, escribió Décimo á Cicerón para que desconfiara de este hijo tan celoso.

Satisfecho por su parte Octavio de haber probado á todos que era preciso contar con él, no quería derrotar al antiguo teniente de César; dejó á Ventidio llevarle á través de los Apeninos dos legiones levantadas en la baja Italia, y Antonio, flojamente perseguido, llegó sin obstáculo ni contratiempo á la ciudad de Frejus, donde puso término á las indecisiones de Lépido arrastrando sus tropas (29 mayo). Un celoso republicano, amigo de este general, Yuventio Laterense, lo había desviado hasta entonces de esta alianza, y cuando vio á los dos generales abrazarse se traspasó con su espada.

Décimo Bruto era demasiado débil para hacer frente con sus reclutas á tan respetables fuerzas, que se aumentaron todavía, algún tiempo después, por la defección de Asinio Polión, el gobernador de España, y por la de Planco, el gobernador de la Galia Cabelluda; y Antonio se vio al frente de veintitrés legiones.

Entonces fué preciso acordarse de Octavio. Para retenerlo hasta la llegada de Casio y de Bruto, cuyo regreso aceleró el senado por medio de un decreto, Cicerón quería que se le colmara, que se le *abrumara* de honores (4). Hízole conceder la ovación, lo que era un medio de separarlo de sus legiones, porque era el uso que el general licenciara á sus tropas después del triunfo. Se intentó también obrar sobre sus soldados; se les ofrecieron tierras y dinero, sobre todo licencias, y se procuró sembrar la discordia en sus filas dando á los unos y negando á los otros.

Finalmente, habiéndose alejado de su campamento Octavio por algunos días, se presentaron en él algunos diputados del senado. Los soldados se negaron á oírlos; pero ellos mismos enviaron á Roma una diputación de cuatrocientos veteranos, los cuales declararon gallardamente en la curia que su jefe, dispensado como estaba por un senadoconsulto de la observancia de las leyes *Annales*, deseaba ir á pretender el consulado. Y como se negara la autorización: «Si no se le concedéis, replicó uno de ellos golpeando su espada con la mano, esta lo autorizará.» Y volvieron al campo de Octavio, el cual pasó muy luego el Rubicón á la cabeza de ocho legiones.

El senado procuró detenerlo con una humilde embajada que lo concedía todo, hasta una largueza de 2,500 dracmas para los soldados en recompensa de su insolente bravata; pero siendo ineficaces sus humillantes esfuerzos, se apeló al gran valor de los antiguos tiempos; se vistió el traje de guerra, se armó á todos los ciudadanos, se removió un poco la tierra en el Janículo para hacer fortificaciones, etc. El pretor Cornuto, celoso republicano, estaba animado del más belicoso entusiasmo, y además contaba con las dos legiones recién llegadas de Africa. Pero en cuanto apareció el joven César, se pasaron á su causa. El mismo día entró en la ciudad con aplauso del pueblo, y los senadores se dieron buena prisa á ir á hacerle la corte. Cicerón llegó más tarde. «¿Cómo así! le dijo irónicamente Octavio, ¿cómo te muestras el último de mis amigos?»

Marco Tulio huyó la noche inmediata, mientras Cornuto se daba por su propia mano la muerte.

(4) *Cesarem laudandum et tollendum*. Esta palabra tiene dos sentidos, el último siniestro.

Una asamblea popular proclamó cónsul á Octavio dándole por colega el designado por el mismo, su pariente Pedio (22 set. 43), con el derecho de elegir el prefecto de la ciudad. ¡Y aun no había cumplido los 20 años (1)! Hizo desde luego ratificar su adopción, levantar la proscripción decretada contra Dolabela y distribuir á expensas del tesoro las recompensas prometidas á las tropas (2).

Pedio, por su parte, propuso que se hiciera una información sobre la muerte de César, y para comprender ó complicar en ella á Sexto Pompeyo, envolvió en la acusación, no sólo á los asesinos, sino también á sus cómplices, aun á los ausentes de Roma en los momentos de la ejecución. El proceso comenzó sin demora: Décimo Bruto fué acusado por Cornificio; Casio por Agripa, etc., y se les condenó al destierro y á la pérdida de sus bienes. De todos los senadores, uno solo se atrevió á defenderlos, y algunos meses después pagó con la cabeza su audacia.

Ahora ya podía Octavio tratar con Antonio sin temor de que lo eclipsara. Era cónsul, tenía un ejército, mandaba en Roma y á su alrededor se habían agrupado todos los cesaristas descontentos y alejados por las violencias é inconstancia de Antonio. Su interés le aconsejaba esta alianza, porque solo, no hubiera podido luchar contra las veinte legiones que Bruto y Casio habían reunido ya en Oriente. Pedio tomó la iniciativa haciendo revocar el decreto que ponía fuera de la ley á Lépido y Antonio. Esta noticia decidió la defección de Planco. Abandonado de él y muy luego de todos sus soldados, procuró Décimo Bruto alcanzar la Macedonia á favor de un disfraz, y reconocido y preso por un jefe galo, solicitó una entrevista con su antiguo compañero de armas. Antonio contestó dando el orden de enviarle la cabeza del fugitivo, y cumplida hizo saber á Octavio que había inmolado esta víctima á los manes de César. Era la segunda que caía (3). Después de este cambio de favores, hubo de costar ya poco á Lépido atraerlos á un alojamiento, que secretos emisarios preparaban sin duda desde la batalla de Módena.

A fines de octubre se reunieron los tres jefes cerca de Bolonia, en una isla del Reno (4), á cuyas orillas se extendieron cinco legiones por cada parte. Tomáronse minuciosas precauciones, como se tomaran en la Edad media, para prevenir una traición. Lépido visitó la isla, y Antonio y Octavio se registraron al encontrarse. Tres días pasaron en formar el plan del segundo triunvirato y en arreglar entre ellos la repartición del mundo romano. Octavio debía hacer dimisión del consulado, y ser reemplazado en este cargo por Ventidio, teniente de Antonio. Se creaba una nueva magistratura con la denominación de *triumviri rei publicae constituendae*: Lépido, Antonio y Octavio se apropiaban el poder consular por cinco años, con el derecho de disponer por el mismo tiempo de todos los cargos públicos, y sus decretos



Antonio, triunviro (5)

de Antonio. Se creaba una nueva magistratura con la denominación de *triumviri rei publicae constituendae*: Lépido, Antonio y Octavio se apropiaban el poder consular por cinco años, con el derecho de disponer por el mismo tiempo de todos los cargos públicos, y sus decretos

(1) *Consulatum iniii Cesar pridie quam viginti annos impleret* (Vel. Patere. II, 65).

(2) 2,500 dracmas á cada soldado. De aquí el uso de dar la misma cantidad á todos los legionarios que entraban en armas en Roma, después de haber proclamado un imperator (Dion, XL, 46).

(3) Trebonio fué la primera. Basilo fué por aquel tiempo degollado por sus esclavos á quienes trataba cruelmente (Ap. *Bell. civ.* III, 98), y Aquila pereció en los combates de Módena.

(4) Probablemente en Crocetta del Trebbio, á 2 millas al O. de Bolonia, donde se ve un islote de 500 pasos de longitud.

(5) M. ANTONIVS III. VIR. R. P. C. Cabeza descubierta de Antonio; detrás el *lituus* augural. Moneda de oro.

debían tener fuerza de ley sin necesidad de la sanción del senado ni del pueblo. Finalmente se reservaban cada uno dos provincias al rededor de Italia: Lépido la Narbonense y la España Citerior; Antonio las dos Galias; y Octavio el Africa, la Sicilia y la Cerdeña. El Oriente, ocupado por Bruto y Casio, quedó indiviso, como Italia; pero Octavio y Antonio debían ir á batallar contra los asesinos, mientras Lépido velara por los intereses de la asociación, permaneciendo en Roma.

Los triunviros tenían un total de cuarenta y tres legiones, y para asegurarse de su fidelidad, se comprometieron á darles después de la guerra cinco mil dracmas á cada legionario y las tierras de diez y ocho de las más ricas ciudades de Italia, entre otras, Reggio, Benevento, Venusia, Nuceria, Capua, Ariminum y Vibona.

Cuando se consignaron por escrito estas condiciones y juraron todos y cada uno de los tres su estricta observancia, leyó Octavio á las tropas las condiciones del tratado, y las tropas exigieron por su parte que, para cimentar la alianza, se casara el joven César con una hija de Fulvia (6).

El ejército heredaba, en efecto, la soberanía del pueblo: él deliberaba, aprobaba ó desaprobaba; el campamento venía á reemplazar el Foro, con gran mengua de la disciplina y el orden. No hablemos de la libertad: en otro tiempo, después del funesto golpe de los idus, la palabra, si no la cosa, había reaparecido con frecuencia; pero el último de los ciudadanos de Roma, el que acababa de hacer oír una voz libre, estaba ya proscrito.

Por esa fatalidad inexorable de las expiaciones históricas que tantas veces hemos señalado en el curso de estas narraciones, el partido senatorial iba á sufrir la ley que él mismo había impuesto al partido contrario: las proscripciones y las confiscaciones de Sila iban á comenzar de nuevo; pero la nobleza es ahora la que pagará con su sangre y con sus bienes el crimen de los idus de marzo y el recuerdo del río de sangre y lágrimas con que cuarenta años antes inundó la oligarquía á Roma y á Italia.

Más tarde se contó que muchos prodigios hubieron de anunciar los furores triunvirales. Uno solo hubiera merecido ser verdadero: unos buitres, se decía, habían venido á posarse en el templo consagrado al genio del pueblo romano. Y en verdad aves de presa eran las que acudían ávidas de carne humana.

Los triunviros se hicieron preceder en Roma por la orden enviada al cónsul Pedio para que diera muerte á diez y siete de los más notables personajes del Estado: Cicerón era de este número. Después llegaron uno tras otro: Octavio entró primero; el día siguiente Antonio, y Lépido á los tres días. Una legión y una cohorte pretoriana rodeaba á cada uno de los triunviros.

Los habitantes de Roma veían con espanto aquellos soldados silenciosos, que iban sucesivamente á tomar posición á todos los puntos estratégicos para dominar desde ellos la ciudad. Todavía se pasó un día más en ansiedad cruel: luego, algunos hombres reunidos por un tribuno en el Foro, dieron un plebiscito que sancionaba la usurpación legalizando el triunvirato (27 noviembre).

Finalmente, por la noche se fijó en todas las esquinas el edicto siguiente:

«Lépido, Marco Antonio y Octavio, elegidos triunviros para reconstituir la república, hablan así: Si la perfidia de los malvados no hubiera respondido con el odio á los beneficios; si los hombres á quienes César salvó con su cle-

(6) Clodia, hija del primer matrimonio de Fulvia con el turbulento Diodio.

mencia, y enriqueció y colmó de honores, después de haberlos vencido en el campo de batalla, no hubieran llegado hasta ser sus asesinos, nosotros también perdonaríamos a los que nos han declarado enemigos públicos; pero aleccionados con el ejemplo de César, nos prevenimos contra nuestros enemigos antes de que nos sorprendan.

»Algunos han sido ya castigados, y con la ayuda de los dioses, daremos también con los otros, para que no queden impunes. Dispuestos a emprender allende los mares una expedición contra los parricidas, nos ha parecido necesario, como a todos os parecerá, no dejar enemigos a la espalda. No hay que vacilar; es preciso quitarlos de una vez de en medio de vosotros.

»Sin embargo, seremos más clementes que otro *imperator* que también levantó la república arruinada y a quien saludasteis con el nombre de *Dichoso*. No todos los ricos, no todos los que han ejercido los cargos supremos perecerán, sino solamente los perversos. Por eso hemos preferido hacer una lista de proscritos a ordenar una ejecución en que ciegos de enojo los soldados hubieran podido inmolarse inocentes entre tantos criminales.

»Seaos propicia la fortuna. He aquí lo que se ha ordenado: Que nadie sea osado a ocultar a ninguno de aquellos cuyos nombres siguen. El que ayude a la evasión de un proscrito, será tratado él como tal proscrito. Que se nos presenten las cabezas; y en recompensa, el hombre de condición libre recibirá 25,000 dracmas áticas, el esclavo 10,000, más la libertad y el título de ciudadano. Se guardará secreto sobre los nombres de los asesinos y delatores.»

Seguía una lista de ciento treinta nombres; otra de cincuenta apareció muy en breve, y otras siguieron aún. Los senadores tuvieron el honor de una lista especial: ahora no se confundieron sus ilustres nombres con nombres vulgares, como en tiempo de Sila, y no es seguro si algunos se pagaron de esta distinción en la muerte.

Antes de amanecer se pusieron guardias en las puertas y en los sitios que podían servir de retiro ó refugio; y para quitar a los condenados toda esperanza de perdón, a la cabeza de la primera lista se leían los nombres del hermano de Lépido, de L. César, tío de Antonio, de un hermano de Planco, del suegro de Polión y de C. Toranio, uno de los tutores de Octavio. Cada uno de los jefes había entregado a uno de los suyos para tener derecho a que no se le importunara en sus venganzas. Y llevaban sus cuentas con escrupulosa exactitud: tal cabeza reclamada por uno parecía a los otros valer dos ó tres; sobre esto se discutía, se venía a un acuerdo y se concedían las tres cabezas para establecer la equidad ó equivalencia. Como en los días nefastos de Mario y de Sila, tuvo ahora la tribuna horribles trofeos; pues a ella habían de llevarse las cabezas para recibir el precio de la sangre. El odio, la envidia, la codicia, todas las malas pasiones hubieron de desencadenarse, y fué muy fácil hacer poner un nombre en la lista fatal, ó bien ocultar entre los cadáveres de los proscritos el de un enemigo asesinado. Se daba a algunos niños la toga viril para sacar sus bienes de tutela y después se les hacía condenar.

Una vez se le presentó a Antonio una cabeza. «No la reconozco, contestó el triunviro; que se la lleven a mi mujer.» Era la cabeza de un rico ciudadano, que no había querido vender a Fulvia una de sus quintas. Otra mujer,

(1) Cabezas unidas de Octavio, Marco Antonio y Lépido, en una moneda de bronce de Efeso.



Los triunviro (1)

para casarse con un amigo de Antonio hizo que se prosciriera a su esposa y lo entregó ella misma. Un hijo descubrió a los asesinos el asilo de su padre, pretor en ejercicio, y fué recompensado con la edilidad. C. Toranio pedía a los asesinos una espera de algunos instantes para enviar a su hijo a implorar a Antonio: «Pero si tu mismo hijo, le contestaron, es quien ha pedido tu muerte.» El tribuno Salvio fué degollado estando a la mesa, y los asesinos obligaron a sus comensales a continuar comiendo (2). Verres pereció entonces: Antonio deseaba poseer sus bronces corintios. Planco se había escondido cerca de Salerno; pero no pudo renunciar a las delicadezas de la vida, y sus perfumes descubrieron su retiro: para salvar a sus esclavos, puestos en tortura, se entregó de suyo.

Hubo, sin embargo, algunos ejemplos de abnegación. A Varrón lo salvaron sus amigos, a otros sus esclavos, a Apio su hijo, cuya piedad filial recompensó más tarde el pueblo dándole la edilidad. La madre de Antonio, hermana de L. César, salió al encuentro de los asesinos gritando: «No, no lo mataréis, sino después de matarme a mí, la madre de vuestro general.» Con esto, tuvo tiempo de huir y esconderse; pero un decreto del cónsul borró su nombre de la lista de los proscritos.

Muchos se salvaron, gracias a la flota de Sexto Pompeyo que acababa de apoderarse de Sicilia y cuyos barcos habían cruzado a lo largo de las costas. Sexto hizo fijar un anuncio en la misma Roma, donde los triunviro prometían 100,000 sesterces por una cabeza, ofreciendo 200,000 por cada proscrito salvado. Otros muchos lograron pasar al Africa, a Siria, a Macedonia.

Cicerón fué menos afortunado: Octavio lo había abandonado a los rencores de Antonio, a su pesar, sin embargo, porque era una muerte inútil. Si al fin iban a dejar mudo el Foro ¿qué es un orador sin tribuna? Una voz sin eco, que de suyo callaría. Pero Antonio y Fulvia querían la mano que había escrito, y la lengua que había pronunciado las *Filípicas*, y Octavio a su vez recordó el grito de alegría que dió Cicerón al saber el asesinato de César, y su pesar homicida de no haber podido él también herirlo. Por un justo trueque de las cosas, el que, excepto un día, fué más que ningún otro romano el hombre de la humanidad, iba a sufrir la suerte que había querido para un hombre más grande que él: *patere legem quam fecisti*.

Cicerón estaba con su hermano en su casa de Túsculo y a la primera noticia de las proscipciones, se trasladaron a Astura, donde había otra quinta del mismo Marco Tulio situada en un islote tan inmediato a la costa, que después quedó unido a ella. Desde aquí esperaban embarcarse en demanda de Grecia; pero carecían de víveres y de dinero; y Quinto tuvo que desandar sus pasos para proveerse de lo necesario. Y sucedió que habiendo caído su hijo en manos de los asesinos, hubieron de ponerlo en tortura para que revelara el sitio en que se ocultaba Quinto. A pesar de sus atroces dolores guardaba silencio el buen hijo, resuelto a morir antes que ser traidor a su padre; pero éste que lo oía y veía todo, no pudo soportar este espectáculo, y se entregó de suyo.

En Astura encontró Cicerón un barco que lo llevó a Circeya, donde le faltó aliento para seguir su fuga y en su despecho y desesperación saltó en tierra exclamando: «Quiero morir en esta patria que tantas veces he salvado (3).» Era

(2) Dion, XLVII, 5, 6; Ap. *Bell. civ.* IV, 12-51, habla de 300 senadores y 2,000 caballeros proscritos. Los números son más bajos en Tito Livio que sólo habla de 130 senadores (*Epit.* CXX).

(3) *Moriar in patria saepe servata* (Tito Livio. *Fragm.* CXX). El historiador añade: *Omnium adversorum nihil, ut vivo dignum erat,*

su designio volver a Roma, penetrar secretamente en casa de Octavio y darse la muerte en su hogar para ligar a su corazón una furia vengadora. Pero sus familiares pudieron aún conducirlo a su casa de Formia (1), donde reposó algunos instantes de las fatigas de la mar.

No bien había tomado otra vez su litera, cuando llegaron los asesinos guiados por un centurión llamado Herenio y por un tribuno legionario, de nombre Popilio, a quien en otro tiempo sacó absuelto de una acusación de parricidio el célebre orador. Encontrando cerradas las puertas de la casa, los asesinos las echaron a tierra y penetraron como en la suya; pero todas las personas que había dentro aseguraron que no habían visto por allí a su amo en mucho tiempo. Indecisos estaban ya los asesinos, cuando un joven llamado Filógono, a quien el mismo Cicerón había instruído en las letras, dijo al tribuno que llevaban la litera hacia el mar por avenidas cubiertas.

Con este aviso, Popilio tomó el atajo para llegar anticipadamente a la playa, mientras Herenio con el resto de la tropa corría tras la litera siguiendo las mismas avenidas.

El tropel que le iba en zaga advirtió a Marco Tulio que estaba descubierto; mandó detener la litera y llevándose la mano izquierda a la barba, movimiento que le era habitual, miró a los asesinos con los ojos fijos. Sus cabellos erizados y pulverientos, y su rostro pálido y descompuesto hicieron vacilar a los soldados, los cuales se cubrieron la cara mientras Herenio lo hería. Cicerón había sacado de la litera la cabeza y ofrecido la garganta al bárbaro asesino (4 dic. 43). «De todas sus desgracias, dice Tito Livio, la muerte es la única que sufrió como hombre.»

Según la orden de Antonio, los asesinos le cortaron la cabeza y la mano derecha, horribles despojos que le presentaron estando el triunviro sentado a la mesa. A su vista manifestó el vengativo Antonio una alegría feroz, y Fulvia, no menos fiera, tomó en sus manos la ensangrentada cabeza y con una aguja le picó la lengua que la había perseguido con tantos sarcasmos, verdaderamente merecidos.

Estos tristes despojos fueron muy luego clavados en la tribuna de los *Rostros*. Las gentes acudían en multitud a verlos, como en otro tiempo a oír al famoso orador; pero ahora con lágrimas y gemidos. Octavio mismo se afligió en secreto de esta muerte; y bien que bajo su reinado nunca se atreviera nadie a pronunciar nombre tan ilustre, como reparación dió el consulado a su hijo. Una vez hasta dió testimonio de sus virtudes.

«He oído decir, refiere Plutarco, que muchos años después, habiendo entrado Augusto en el aposento de un sobrino suyo, este joven que tenía en la mano un libro de Cicerón, sorprendido por la presencia de su tío, hubo de ocultar el libro bajo su toga. Augusto, que lo echó de ver, tomó el libro, leyó gran parte de él, en pie, y se lo devolvió al joven diciendo: «Era un sabio, hijo mío; sí, un sabio, y muy amante de su patria (2).»

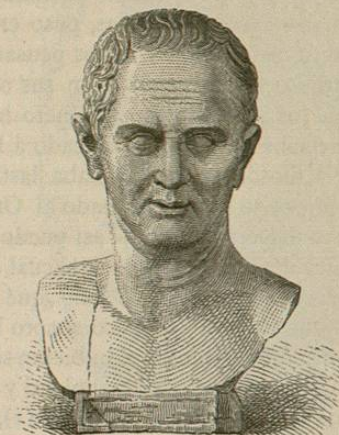
tulit prater mortem. Cf. Quintil. *Inst.* XII, 1, y Lucano, *Phars.* VII, 65, que le es muy hostil. Al contrario Veleyo Patérculo (II, 66) en tiempo de Tiberio, y Juvenal (VIII, 237) en el de Trajano, le son muy favorables. Es muy extraño que Tácito no haya siquiera pronunciado su nombre, salvo en el *Diálogo de los oradores* (40), que acaso no es de este autor, y por incidencia en el discurso de Cremucio Cordo (*Ann.* IV 34).

(1) Formia (Mola di Gaeta) a 4 millas de Gaeta. Todavía se ven a una milla de la costa las ruinas de la villa ó quinta de Cicerón, y los habitantes del país muestran un viejo obelisco que tienen por el sepulcro del célebre orador de la antigüedad latina. (Eust. *Classical Tour*, II, 313). Tenía Marco Tulio a su muerte 64 años, menos 29 días.

(2) El íntimo amigo de Cicerón, Atico, no pereció con él. Se le ha visto ya tomar sus precauciones con Antonio, asistiendo con sus

Así murió en todo el esplendor de su talento, el príncipe de los oradores romanos, y uno de los hombres más probos que han honrado las letras, como quiera que sus escritos han contribuído en gran manera al desenvolvimiento moral de la humanidad.

Sin duda no puede contarse a Cicerón entre los genios, entre los poderosos espíritus. Como filósofo, su parte es pequeña: expone y discute, sin miras originales, las opiniones de las diferentes escuelas. El mismo lo dice a Atico: «Cuéstame poco trabajo, pues sólo suministro las palabras, de las cuales no carezco.» Su tratado de los *Deberes* es el evangelio de los latinos, pero Cicerón no hizo más que copiar a Panetios, y buena parte de sus obras de retórica son traducciones ó imitaciones de los griegos. Sus *Leyes* son más bien un brillante resumen de la legislación romana que una teoría a la manera de Aristóteles ó de Platón; y su espíritu se eleva tan difícilmente por encima de las cosas pre-



Cicerón (Museo de Madrid)

sentes, que en la *República*, el más original de sus trabajos, muestra el ideal del mejor gobierno, completamente realizado en la constitución de Roma. Inteligencia flexible y brillante, carece de extensión y de profundidad, siendo ante todo un artista de la palabra.

Como filósofo se le puede argüir de muchas contradicciones; como consular, de muchos errores; como particular de muchas debilidades.

Su filosofía se asemejaba a Jano: tenía dos caras; una doctrina para los profanos, otra para los adeptos. En la peroración de las *Verrinas*, conserva los dioses y las creencias de la antigüedad, a título de recursos ó medios oratorios; en la *República* y las *Leyes*, como instrumento útil de gobierno; en las *Tusculanas*, en la *Naturaleza de los dioses*, el paganismo no es más que una serie de fábulas y símbolos; en los dos libros sobre la *Adivinación*, el culto público es objeto de una ironía mortal que lo ridiculiza y destruye, de tal modo que solicitaron los paganos que se quemara esta obra. La conclusión que se desprende de estos datos contradictorios, para él y sus lectores, es que hay que dudar porque ciertos problemas son insolubles.

En política no alcanza su vista más allá de un horizonte limitado. Mejor que nadie conocía Cicerón los vicios de los magnates y de su gobierno; pero, hombre nuevo, sirvió sus intereses para que aceptaran al advenedizo. Grande orador,

bienes a la mujer del triunviro, que durante el sitio de Módena hubo de quedar en Roma sin recursos. El hábil vividor, amigo de los tiranidas, casó a su hija única con Agripa y a su nieta con Tiberio. Así, tuvo muy buen cuidado de destruir toda su correspondencia con Cicerón en que los nuevos amos hubieran podido leer sus votos homicidas contra César.

se embriagó con su elocuencia y soñó gobernar un imperio con discursos. Si hubiera tenido la cualidad principal del hombre de Estado, el arte de descubrir las verdaderas necesidades de su tiempo, habría puesto sus bellas facultades al servicio de las nuevas ideas y ayudado á César á hacer una reforma pacífica, que hubiera revenido la sangrienta revolución del segundo triunvirato; pero con César, no hubiera ocupado sino el segundo lugar y él quería en todo el lugar primero.

Su correspondencia revela enojosos defectos, una vanidad femenil (1), la habilidad de los comprometidos y una movilidad de impresiones que le hace pasar en algunos días de un sentimiento á otro contrario (2); pero ¿qué hombre visto como él, por decirlo así, á la luz y en el secreto de los más íntimos sentimientos, conservaría esa reputación de austera gravedad, que no es á veces más que la máscara de un hábil intrigante?

En fin, si no creó nada, á lo menos su maravillosa facilidad para apropiarse las ideas ajenas, puso en circulación un número infinito de grandes y bellos pensamientos, que hubiéramos perdido, y que reunidos en sus obras han hecho de él uno de los preceptores del género humano.

Cuando se preciaba de haber arrancado á la Grecia decadente su gloria filosófica, se engañaba lastimosamente. La civilización griega se había inclinado al Oriente; Cicerón concentró sus dispersos rayos, si así puedo expresarme, y los dirigió al Occidente bárbaro, para el cual no había hecho nada la Grecia (3). Después de todo ¿qué nos importa que no sea más que un eco, si este eco sonoro ha hecho oír al mundo entero palabras que sin él hubieran sido inútiles?

En moral religiosa, la idea de la unidad y de la Providencia divina, de la inmortalidad del alma (4), de la libertad y de la responsabilidad humanas, de las penas y recompensas reservadas á otra vida.

En moral política, la idea de la ciudad universal cuyo primer lazo debe ser la caridad, el perfeccionamiento de nuestra especie, la necesidad para todos de trabajar para el progreso general, y la imperiosa obligación de fundar lo útil sobre lo honesto, el derecho sobre la equidad, la soberanía sobre la justicia, es decir la ley civil sobre la ley natural, revelada por el mismo Dios, puesto que la grabó en el corazón de todos los hombres (5).

Tales son algunas de las nobles creencias, que la magia de su estilo ha popularizado. Verdaderamente, nada de esto está rigurosamente demostrado, ni enlazado en cuerpo de doctrina; es el esfuerzo de un alma bien dispuesta, que buscando por todas partes lo que eleva y consuela, llega á las verdades de la religión natural, y no el laborioso y paciente trabajo del filósofo, que construye un sistema en que todo se encadena y coordina. Mas para hablar al corazón, á dicha ¿se necesita tanta lógica?

De buen grado diré con Quintiliano: «Se moraliza y perfecciona uno tratando á Cicerón» (6); y como Dante, que la posteridad conservará siempre su nombre:

*De cui la fama ancor nel mondo dura
E durerá, quanto 'l mondo lontana.*

En estas sangrientas saturnales del segundo triunvirato, Octavio, á pesar de sus pocos años, hubo de mostrar extrema crueldad; y como él era el más inteligente de los tres, sobre él recae la más pesada parte de responsabilidad. Sobre todo el asesinato del hombre á quien había llamado padre, que había asegurado sus primeros pasos y hecho votar sus primeros honores, echa sobre su nombre una mancha, que no se borrará con todo el esplendor del reinado de Augusto. La mancha de sangre queda siempre en la mano de quien la ha derramado, y todos los perfumes de la Arabia son ineficaces para borrarla.

CAPÍTULO LX

EL SEGUNDO TRIUNVIRATO HASTA LA DEPOSICION DE LEPIDO (43-36)

I. — PREPARATIVOS DE LOS TRIUNVIROS Y DE LOS ASESINOS.

En los días de los asesinatos, Lépido y Planco, cónsules designados, hubieron de promulgar un edicto, que so pena de proscripción, ordenaba festejar alegremente la renovación del año; y aun tuvieron el valor de celebrar cada uno un triunfo por insignificantes victorias en España y en Galia. Jugando los soldados con el doble sentido de la palabra *germanus*, que significa hermano y germano, cantaban detrás del carro triunfal: «No de los galos, sino de sus hermanos, triunfan nuestros cónsules.» Los dos, en efecto, ha-

(1) La prueba está donde quiera en su correspondencia. Véase la carta á Luceyo á quien invita á escribir la historia de su famoso consulado «concediendo algo más á la amistad que á la verdad.»

(2) A fines de octubre Catón es su carísimo amigo; á primeros de noviembre hace de él un hombre casi indigno. Séneca ha dicho: *In Cicerone constantia desideratur* (*Suasor.* II, 12).

(3) El mismo dice en su oración *pro Archia* (10): Lo que está escrito en griego se lee en todas partes; el latín no sale de su territorio, que es bastante limitado.

(4) Sobre la vida futura y el gobierno del mundo por la Providencia tiene más que dudas en sus *tratados*; no las tiene en sus *discursos*, y sus discursos son los que se leen.

bían entregado un hermano á los asesinos. Los soldados se sentían necesarios, y no creían que los jefes, sufriendo su indisciplina, pagaran demasiado caro el poder que ellos les habían dado. Apenas dejaron vender los bienes de los proscritos: uno quería una quinta, otro tierras; este tomaba la casa, aquel el dinero y los esclavos; y hasta hubo algunos que se hicieron adoptar forzosamente por ricos ciudadanos para venir á ser sus herederos: otros menos pacientes, y más decididos, mataban al rico, proscrito ó no proscrito, y se apoderaban de sus bienes.

Y gracias todavía, gracias si se contentaban con saquear las casas. Toda la ciudad temblaba ante aquella soldadesca reclutada entre bandidos, gladiadores y esclavos escapados

(5) Se ha dicho que Cicerón era uno de los representantes de aquel cristianismo anterior que con tanta frecuencia se ha señalado y cuyo apóstol fué Platón. Erasmo, en efecto, está dispuesto á pedir su canonización; no duda... *quin illud pectus, unde ista prodierunt aliqua divinitas occupavit* (*Le Clerc, Œuvres de Ciceron*, t. XXVIII, p. 7). Petrarca había ya dicho lo mismo (*Mezieres, Petrar.* p. 345, 414, 416). Sobre el conjunto de las ideas morales de Cicerón, véase el sapientísimo capítulo de M. Havet, el *Cristianismo y sus orígenes*, t. II, p. 110-142, cap. II.

(6) *Inst. X, 1: Ille se profecisse sciat cui Cicero valde placebit.*

de sus prisiones. Uno de los cónsules fué, sin embargo, bastante enérgico para crucificar á algunos de aquellos esclavos legionarios.

Fuera de este ruido de la soldadesca, un silencio de muerte reinaba al rededor de los tres dueños de Roma: las mujeres se atrevieron á romperlo. Para llenar la caja militar que necesitaba 800 millones de sestercios habían impuesto una pesada contribución á mil cuatrocientas matronas de las más ricas de Roma. Conducidas por Hortensia, la hija del orador, se dirigieron al Foro y se abrieron paso hasta el tribunal de los triunviros. Hortensia tomó la palabra por todas y se expresó en estos términos:

«Antes de presentarnos ante vosotros, *triumviri rei publicae constituenda*, hemos solicitado en vano la intervención de Fulvia, y su negativa nos ha obligado á venir aquí. Ya nos habéis arrebatado á nuestros padres, á nuestros hijos, á nuestros hermanos, á nuestros esposos. ¿Qué más queréis? Arrebatarnos nuestros bienes sería reducirnos á una condición que no conviene á nuestro nacimiento, ni á nuestros hábitos, ni á nuestro sexo; es extender á nosotras también la proscripción. Pero ¿hemos levantado acaso nosotras soldados contra vosotros, ó solicitado cargos públicos? ¿Os disputamos nosotras ese poder por el cual combatís vosotros? En tiempo de Aníbal llevaron al tesoro público aquellas nobilísimas matronas, sus joyas, sus alhajas, sus adornos; que vengan en son de guerra los galos ó los partos, y no se encontrará en nosotras menos patriotismo. Pero no nos pidáis que contribuyamos á esta guerra fratricida que desgarrará la república: ni Mario, ni Cinna, ni Sila en su tiranía se atrevieron á tanto (1).»

Los triunviros quisieron hacer que se expulsara del Foro á Hortensia y á su séquito; pero conmovido el pueblo, se había interesado por ellas, y hubieron de ceder por consejo de prudencia. El día siguiente apareció un edicto, que reducía á cuatrocientas el número de matronas contribuyentes.

Los adversarios políticos de los triunviros habían pagado con la vida su oposición al nuevo orden de cosas; el resto del pueblo pagó con parte de sus haberes su cobarde sumisión. Todos los habitantes de Roma y de Italia, ciudadanos ó extranjeros, sacerdotes ó libertos, como poseyeran más de 100,000 dracmas, *prestaron* la décima de sus bienes y *dieron* su renta de un año.

No hay que decir que ni las leyes ni las magistraturas fueron más respetadas que la vida y la propiedad. «Cambian los magistrados, dice un antiguo, abolían las leyes, y hacían otras á su voluntad; de modo que el reinado de César parecía la edad de oro (2).» Cuando ahitos de sangre y de rapiñas, anunciaron los triunviros que habían terminado las proscripciones, les concedió el senado coronas cívicas como á los salvadores de la patria. Octavio que había sido el más cruel, hubo de reservarse algunos asesinatos, declarando que no había castigado á todos los culpables.

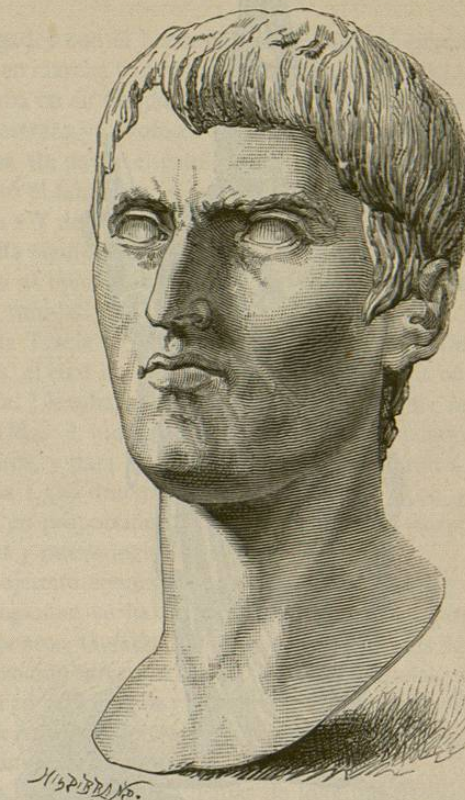
La última disposición de los triunviros en aquel terrible año fué un acto de devoción, un decreto para erigir un templo á Sérapis y á Isis. Era una concesión poco costosa hecha al pueblo, y la continuación, en otro terreno, de la guerra á los magnates. El pueblo ínfimo buscaba nuevos dioses, y con mucha razón, porque desde un siglo atrás las antiguas divinidades eran sordas á sus ruegos. Pero el senado odia-

(1) Apiano, *Bell. civ.* IV, 32. Esta oración de Hortensia, como tantas otras de la antigüedad, no es probablemente auténtica; sin embargo Quintiliano asegura haberla leído (I, 1, 6).

(2) Dion, XLVII, 15.

ba estas supersticiones extranjeras, que no podía dirigir, según los intereses de su política, como dirigía las supersticiones nacionales: el año 58 quiso expulsar á Isis del templo de Júpiter Capitolino, pero el pueblo se opuso á esta grande impiedad; el 53, en tiempo de la reacción oligárquica, apareció otro decreto que ordenaba la destrucción de todos los edículos de la diosa egipcia y prohibía su culto hasta en el interior de las casas: el mismo César renovó más tarde esta prohibición. Mantener la pureza de la fe romana era el menor cuidado de los triunviros; pero Isis gustaba al pueblo y se la daban para tenerlo de su parte.

El primero de enero del 42, Lépido y Planco tomaron posesión del consulado, y renovaron el juramento de ob-



Lépido (3)

servar las leyes y los actos de César, consagrando á su memoria grandes honores, fiestas, templos, una completa apotheosis. Como se le declaraba dios, se le asignó un flamín con un colegio de sacerdotes julianos, y se establecieron sacrificios públicos. Se prohibió llevar se imagen á los funerales de sus deudos, puesto que había pasado de su familia terrena á la del mismo Júpiter; se reconoció el derecho de asilo al *heroon*, ó edículo que se erigió en el sitio en que se quemó su cuerpo, y todos los ciudadanos debían celebrar el aniversario de su nacimiento. El hombre de la plebe que faltaba á este deber era consagrado á Júpiter y á César, es decir inmolado en el templo de estos dioses; el senador y el hijo de senador satisfacían con una multa de 250,000 dracmas. Es el principio de la extraña legislación que en tiempos del imperio estableció tan grande diferencia penal entre el *honestior* y el *humilior*. Pero se ofreció una dificultad: la fiesta de Apolo caía en el mismo día que la de César, y un oráculo sibilino prescribía honrar solo al hijo de Latona. Con esto se consintió en que cediera el nuevo dios y no se prevaleciera de su reciente divinidad con-

(3) Busto del Museo de Parma, publicado por la *Gaceta arqueológica*, 1879, p. 9.